



# Luis Tejada: EL ARTE DE LA CRÓNICA

*Andrés Esteban Acosta*

Cien años después de su muerte Luis Tejada se mantiene como un referente de escritura libre, detallada e inteligente. Aquí una ojeada a su estilo y manera de descifrar la cotidianidad mediante piezas breves, críticas y en ocasiones filosóficas.

**E**n una de sus crónicas más difundidas, escrita en 1922 para *Cromos*, el joven y aplaudido cronista Luis Tejada Cano (1898-1924) esboza una descripción de su tiempo a través de un apunte sobre la acción de caminar:

Pero ¿por qué se ha degenerado de tal manera? ¿Por qué se ha perdido el antiguo sentido clásico de la armonía y la elegancia en los movimientos? Ello obedece, sin duda, a causas profundas y múltiples. Podría decirse, en general, que el hombre moderno es más nervioso, más desequilibrado y más urgido que el hombre antiguo; la civilización lo ha enloquecido, haciéndole perder el sentido de la medida y de la proporción, haciéndole perder un poco la conciencia de sí mismo, arrojándolo en el torbellino de las ciudades como la hoja en el huracán (1977, 370).

El pasaje hace parte de la crónica “El arte de caminar bien”, un tratado breve sobre un evento cotidiano que el autor compone con descripciones, comparaciones y apuntes inteligentes. Precisamente, esto último sostiene la altura de muchas de las crónicas de Luis Tejada: el apunte bien logrado desde el dato, el señalamiento del hecho, la opinión clara y el pensamiento. En “El arte de caminar bien” se lee una definición del cronista sobre la época: nerviosa, desequilibrada y urgida. La idea de Tejada implica que algo ha perdido el ser humano con los años, algo que le ha arrebatado parte de la conciencia en sí mismo; y sin esto, sin autocomprensión, sin una mirada detenida en la propia existencia, el ser humano se revela carente de tiempo para sí, sin espacio para considerar sus asuntos esenciales.

La inteligencia en el estilo está en la capacidad de no limitarse a una sola forma de contar, no elegir la vía evidente para comunicar una idea. En el caso de Tejada, hay un esfuerzo por variar los caminos, abandonar y volver al tema, desviarse casi hasta perder la linealidad. Dada esta tarea del estilo, el cronista es también un buscador de las formas, sin que esto signifique afectar el contenido, ya que en la elección de un camino y en sus variantes está la posibilidad de mostrar la apertura o los aspectos múltiples de un tema.

Si en la cita anterior se lee la capacidad de Tejada de plantear la situación moderna, más adelante expresa toda su facultad descriptiva de observador. Con estos giros, leemos al cronista capaz de modelar lo breve en atractivo producto del pensamiento:

Todo eso y mucho más se ve en la calle; pero lo que no se ve, sino muy rara vez, es el hombre enhiesto y desembarazado que avanza sin demasiada premura y sin demasiada lentitud, con cierta dignidad noble y sencilla. Esto es: ya no se ve el hombre que camina con dignidad (1977, 370).

Tejada fue un cronista dedicado a una visión de su época, especialmente a una exposición de la forma de vida de su tiempo, apelando a una caracterización de las experiencias cotidianas. Para ello logró en sus crónicas un registro literario, un análisis social y político, la meditación filosófica y el apunte ágil. Lo que a través de una mirada simple pasa desapercibido, pero que con atención en el detalle se abre como posibilidad de pensamiento, se convierte en el motivo crucial para la escritura. De allí que el problema sea la época, una doble forma de ver la realidad desde una perspectiva que busca la generalidad o el estado de cosas del mundo, y la perspectiva que se fija en la intimidad o el estado de cosas que la individualidad capta de los sentimientos, lo cotidiano y lo mínimo. Tejada nos permite un esbozo de su tiempo gracias a una interacción rebelde entre literatura, saber popular, crítica y un atrevido impulso al apunte filosófico.

En dos crónicas de enero de 1921 se rastrea la sensación de época definida en dos elementos que son expresión de la transformación de la vida cotidiana: la experiencia de ciudad y la experiencia de viajar en tren. Tejada lee su tiempo y lo lleva a la crónica, pero no bajo la sola descripción, sino con un claro propósito de develar el alma de la época:

Yo no sé cómo denigramos a la ciudad, cómo la aborrecemos, si ella puede darnos innumerables emociones, si ella tiene el secreto de la alegría y el secreto de la belleza. Solo que hay que saberla ver (2019, 212). ¿Qué espíritu indefinible de alegría y de sociabilidad hay, pues, diluido en un vagón de ferrocarril? Yo no sé, pero desde el instante en que se van llenando los asientos y ruge la sirena sonora de la máquina, los semblantes resplandecen con un júbilo íntimo, y el ambiente se hace propicio al diálogo, al amor y a la aventura (2019, 213).



con el que expresó su afecto por posturas de izquierda.

De la prehistoria del cronista nos queda una sensación de nostalgia, una búsqueda en las historias personales de personajes y paisajes que dejaron un ideal de retorno. De 1920 es la crónica “En el pueblo”, en la que Tejada menciona el regreso a sus caminos primeros:

Un día recibí este telegrama del tío Eustaquio: “Camino malo; véngase temprano; reclame macho Barbosa”.

Es verdad que después de muchos años de andanzas por el mundo, yo debía volver al pueblo de mis padres...

No hubo más remedio; aquel sábado tomé el tren, después de envolver cuidadosamente unos pantalones de repuesto, por si me tumbaba el macho en el camino.

En la estación encontré a Pancho Villa, alto, negro, con el hocico claro y peludo, y las orejas nerviosas; me eché una sincera bendición, porque nunca soy tan cristiano como cuando me acerco a una mula desconocida, y la emprendí por el sendero amarillo hacia la cordillera.

Era ya tarde cuando nos encontrábamos en la mitad de camino solitario. La noche clara y tremenda se abrió sobre nosotros; estábamos en lo más abrupto de la montaña (2019, 149).

En una pequeña pieza de descripción del retorno a los paisajes de la infancia en Barbosa, Antioquia, Tejada alcanza una eficacia literaria que hace que la nostalgia surja como una sensación que no altera la grandeza del viaje, el camino que remueve una historia de vida y que hace que los cabos sueltos del cronista se junten mientras se desplaza con su macho y se impregna de las montañas. Por estos días Tejada escribía la columna “Mesa de redacción”, para *El Espectador*, en Medellín. A finales de ese año, en Bogotá, confirmándose como un joven aferrado al universo de la tertulia y acoplándose a los ritmos de la ciudad, iniciaría su columna reconocida “Gotas de tinta”. El reencuentro con las montañas

Tejada señala las contradicciones de la época: la valoración animosa de un ambiente de progreso, que tiene su centro en la experiencia de ciudad, y la desvaloración de las vidas cotidianas o de la vida del trabajo. Esta contradicción le permitió a Tejada, entre muchos otros, pasar, por ejemplo, por un tono nostálgico, de remembranza de lo perdido; por un tono literario, capaz de meditar con el motivo de una butaca, un sombrero o la barba; hasta un tono de certeza política

---

“El cronista, cuando es capaz de abrir su atención y captar lo que supera lo evidente, **transita hacia la literatura**, en los términos de apertura del mundo. Todo lo pequeño que compone un exterior o una realidad compleja se ve como un **motivo de escritura**.”

---

suponía un llamado a la quietud, a la desnudez del alma para tener, con la mirada del cronista, la capacidad de narrar la nostalgia como una nota sobre la maravilla de la intimidad. Contra la incapacidad de su época de concentrar la mirada en la intimidad, Tejada lo hace en una pieza delicada y detallada:

Continúa la crónica “En el pueblo”:

Ciudadano, yo, de las ciudades vivas y encendidas, de las ciudades tentaculares, pobladas de gritos mecánicos y envueltas en ardiente ajeteo, aquella soledad angustiosa poseyó mi alma. Había un olor penetrante a tierra virgen, un perfume acre de rastrojo húmedo y denso; el pisuís cantaba incesante en el monte; y las galliniegas cruzaban fatídicas a uno y otro lado del sendero. Hubo un momento en que el misterio entrañable y desgarrador de la montaña se hizo tan agudo, tan palpable alrededor, que me detuve atónito y permanecí sumido con alma y corazón en aquella solemnidad imponderable. Creo que descendí y abrazando al buen Pancho por el cuello tibio y mirándolo a las húmedas pupilas, le dije con mi acento más loco y más profundo:

—Pancho, amigo mío, ¿tú no comprendes la tristeza de la tierra? ¿No te sientes abrumado por un dolor trascendental en medio de esta cañada desolada?

Quedose callado, pero yo lloré en silencio, porque había sentido aquella noche, como nunca, el espíritu trágico de la naturaleza. (2019, pp. 140-150).

La transformación del mundo de Tejada marca un intervalo. De la ciudad al

campo, de la movilidad a la quietud, de la mecanización de la vida a la apertura de los sentidos. Sin embargo, se trata solo de una experiencia de reorganización de las memorias íntimas. El camino de Tejada estará del lado de la intensidad de la ciudad, donde se discuten los temas que dominan las opiniones de época, donde crece la nueva generación de intelectuales que se rebelan frente a las formas establecidas y a las letras aliadas al poder, donde la política es asunto de confrontación permanente —pese a la hegemonía conservadora— y donde la consolidación de un estilo autónomo permite que el cronista destaque como servidor de fines estéticos, progresistas y rebeldes.

Pasando por el tono de crítica, hay que resaltar el amplio repertorio de crónicas que dejan ver a Tejada convencido y defensor de sus ideales. No eludió la expresión de su opinión, en cambio optó por mostrarse como un crítico del conservadurismo expresado en la política y en sus modos de vida, así como su defensa por las causas obreras contenidas en sus líneas y actitudes socialistas.

Si bien algunas de las crónicas de la línea política hoy se leen solo como muestra del impacto de las ideas de izquierda en el primer lustro de la década de 1920, es preciso señalar que muchas de ellas sostienen el nivel del crítico que se vale de la literatura como mirada ampliada de la realidad. En una de sus últimas entregas, titulada “El periódico del pueblo”, publicada en enero de 1924 en *El Espectador*, Tejada escribe a favor de la expresión popular:

Leyendo ayer los partes de policía –lectura fecunda, edificante y purificadora que debería hacer todo hombre cotidianamente– he visto que fue llevado a la cárcel un muchacho del pueblo porque se le encontró escribiendo en la pared de uno de esos sitios que, empleando una mentira convencional de civilización, se llaman inodoros públicos.

Al leer esta sencilla noticia he sentido, en mi calidad de periodista libre, un movimiento de indignación. El encarcelamiento de ese muchacho implica, aunque no se le quiera dar ese significado, una represión de la palabra escrita en su forma más sincera y revolucionaria. La pared del inodoro público es el verdadero, el único periódico del pueblo, la sola prensa auténticamente popular posible en este mundo moderno, lleno de convencionalismos sociales. [...]

Hoy el pueblo escribe en carbón sobre una blanca pared de tierra. El órgano es más pequeño y más efímero, pero el significado de esa bíblica literatura popular es todavía más terrible, más espantoso, más preñado de profundas y justicieras profecías (2019, 443-447).

El rescate que hace Tejada de la idea de pueblo trastoca la jerarquía de atención. Para el cronista primero está el deseo del pueblo que, sin dimensionar su potencial, tiene el poder de elegir su libertad. Allí donde la expresión popular es sometida por el poder oficial, el cronista tiene una oportunidad de denuncia bajo el argumento de lo justo. A veces, incluso contra la calidad del estilo, Tejada somete sus facultades creativas a la defensa de los ideales, logrando que la indignación, que en él es el dolor que produce la injusticia, se convierta en escritura que critica y pone en evidencia un estado de cosas inaceptable.

En esta orientación se lee la crónica “El trabajo”, recopilada en 1924 en *El libro de crónicas*, con diseño del caricaturista Ricardo Rendón (1894-1931):

Yo confío en que el porvenir que se anuncia traerá para los trabajadores una disminución gradual del trabajo y un aumento proporcionado de paz y de divina ociosidad. Hasta ahora se ha trabajado mucho, en un afán insensato de acumular millones. [...] Hay que esperar en que al fin llegará al mundo una saludable cordura. Todos nos convenceremos de que lo más espiritual, lo más hermoso y noble será luchar apenas lo estrictamente necesario para llevar una existencia modesta y sobria (1977, 309-310).

---

**Tejada defiende la inteligencia, incluso la inteligencia que no está en los libros, la que surge del **vagabundeo y la pereza**, la que nace en la **conversación** o en la **observación de la ciudad**.**

---



El *Libro de las crónicas* fue publicado en 1924 y la portada llevaba una caricatura de Ricardo Rendón inspirada en la figura de Luis Tejada.

Tejada supera la concepción del trabajo como experiencia que consume todo el tiempo y las fuerzas de una persona en procura de dinero y acumulación, abogando por un trabajo que implique lo necesario y esencial y que permita el tiempo para el ocio, para un tipo de labor creativa, espiritual y libre.

En este tipo de crónicas se leen las reflexiones políticas de Tejada. No obstante, su literatura de más alto grado, lo que le merece la permanencia de su estilo son los pasajes donde resaltó la maravilla que contiene lo cotidiano.

Precisamente, en la *cónica* “Gotas de tinta”, publicada en 1922 en *El Espectador*, Tejada define qué rasgo debe tener quien sea considerado el mejor cronista. Sin saberlo, estaba dando la clave de comprensión del rasgo fundamental de su estilo: “El mejor cronista es el que sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano; el que puede hacer trascendente lo efímero; el que, en fin, logra poner mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa” (2019, 279).

Luego de afirmar los principios de la excelencia en la crónica, resulta evidente por qué el cronista merece, sobre todo, la memoria por su trabajo de observador paciente y atento a lo excepcional. Lo cotidiano resulta en motivo distintivo cuando quien observa puede encontrar el sinnúmero de sus posibilidades y combinaciones. El cronista, cuando es capaz de abrir su atención y captar lo que supera lo evidente, transita hacia

la literatura, en los términos de apertura del mundo. Todo lo pequeño que compone un exterior o una realidad compleja se ve como un motivo de escritura. Abundancia es una buena forma de comprender el descubrimiento de los motivos, tantos y variados que el cronista carga una nueva tarea, concentrarse en una de las cosas de la realidad abundante. En buena medida, el cronista asume también el esfuerzo de quien medita.

Tejada en lo cotidiano el sustento de la expresión. La labor del cronista no se concentra en el momento de escritura; está mucho antes, en la práctica de una relación estrecha con la vida diaria, en el encuentro radical con las manifestaciones y cosas que suelen concebirse triviales, sin sentido o solo anécdotas. En todo lo que parece evidente y convencional, Tejada encuentra pensamiento, es decir, provoca que la vida sea en todo momento posibilidad de reflexionar luego de observar atentamente.

Sus meditaciones son ágiles, sin que esto signifique desprovisto de pensamiento. El cronista debe responder a un tiempo que se le impone, a la exigencia de tener constantemente motivos y decir salgo sobre ellos. Un caso ejemplar es la crónica “Meditaciones desde una ventana”, publicada en *El Espectador* el 15 de marzo de 1921: “Así, al menos pienso yo detrás de estos cristales húmedos [...]” (1989, 304).

Tejada fue un observador capaz de una visión inteligente y atrevida. La crónica en ocasiones es el formato del ensayo corto, del relato o de la meditación breve, es la herramienta para transitar la reflexión con crítica, alegría, desencanto, humor y valentía. Tejada defiende la inteligencia, incluso la inteligencia que no está en los libros, la que surge del vagabundeo y la pereza, la que nace en la conversación o en la observación de la ciudad.

Las crónicas de Tejada son piezas breves de delicia literaria y meditación filosófica. Su crónica “Los libros”, dedicada a la emoción que le produce la lectura del libro *La Atlántida* de Pierre Benoit, permite un último ejemplo de la destreza y la profundidad que el “pequeño filósofo de lo cotidiano” —como él mismo se llamó— alcanzó de las grandes cosas humanas que habitan en lo común y diario: “Os ruego que meditéis mucho en este precepto. La vida es a veces sencillamente maravillosa, casi irreal. Dentro de la escala infinita de los acontecimientos, el prodigio (es decir: lo inexplicable) se produce con frecuencia, pese a nuestra estupefacción” (1989, 165).

La sabiduría, que no es tarea de la crónica como sí de la filosofía, es lo que se transmite en algunas de las crónicas de Tejada. La reflexión de su tiempo, la vida de la tertulia y el vagabundeo, el elogio de la inactividad, el cultivo de la crítica y la rebeldía, todas estas características enseñan un tipo de crónica que contiene el bien decir y el afecto por el pensamiento.

## Referencias

Loaiza, Gilberto. (2019). *Nueva antología de Luis Tejada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Tejada, Luis. (1977). *Gotas de Tinta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Tejada, Luis. (1989). *Mesa de redacción*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia y Biblioteca Pública Piloto.

## Andrés Esteban Acosta

Trabaja en el área de Extensión en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. En 2024 publicó el libro *Fernando González: una filosofía vivencial* (Editorial Universidad de Antioquia).

# La biblioteca como morada

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros. Una última vuelta por la biblioteca de Elkin Obregón.

Luis Alberto Arango Puerta

1 La palabra que mejor definió a Elkin Obregón fue ecléctico. Era un conciliador de ideas, gustos, tendencias: un sibarita intelectual. Cómics, arte, literatura, música, teatro, ajedrez. En esencia, un degustador, un excelso catador. Le era tan importante el cine como una buena receta, un buen lance del toreo o un bambuco. Había un halo de sensualidad y sabor en su apreciación estética. Y esto le permitía hacer un excelente retrato de Orson Welles en acuarela o un artículo sobre León de Greiff, Audrey Hepburn o Edmundo Rivero; o una caricatura sin par de la selección Colombia del año 75 o una evocación de Calvin y Hobbes. Todo exquisito, pero en tono menor, vívido, sin pretensión intelectual. Como en un juego.

Y así era su biblioteca: el país de las maravillas. Todo su interés y sus apetencias moraban allí, en su zarzo de cristal, o de marfil, ¡qué sé yo!

En sus estanterías conversaban Bobby Fischer, Álvaro Cunqueiro, Lorenzo y Pepita, Mandrake el mago y Picasso. Benny Moré y Obdulio y Julián. El teatro de García Lorca y la saga completa de Monteiro Lobato. Y cuando decidió dedicarse a la traducción del portugués Brasil se metió en su vida, y sus anhelos se fijaron en la poesía, la novela, el cuento, amén del humor. Y esos libros entraron en su universo: Machado de Asís, Nérida Piñón, Rubem Fonseca, Chico Buarque, Manuel Bandeira, Guimarães Rosa.

# 3

La casa donde nació y murió Elkin Obregón tiene ciento diez años, es decir, es un patrimonio de ciudad. Una vez allí, luego de franquear unas estrechas escaleras, ingresamos a la mansarda, a la buhardilla del caricaturista, el lugar donde la conversación se hacía diversión porque los visitantes habían adquirido su visa de tertuliantes.

Nuestro primer golpe de vista fue una pequeña mesa de centro presidida por quien parecía nunca haberse movido de una silla que semejaba el atril del director de orquesta, el señor de casa, que nos recibía cual canciller.

Lo más notorio estaba siempre a su derecha, y era su arriete de libros en ejercicio, sus lecturas diarias, que podían ser *El álbum de dibujos del New Yorker*, *La vida instrucciones de uso*, de George Perec, *Cantiga* de José Manuel Arango, o *Recetas de mis amigas* de Cecilia Faciolince; la revista *El Malpensante* y las *Gazaperas* de Argos. Todo era válido; la radiografía de la informalidad de su biblioteca.

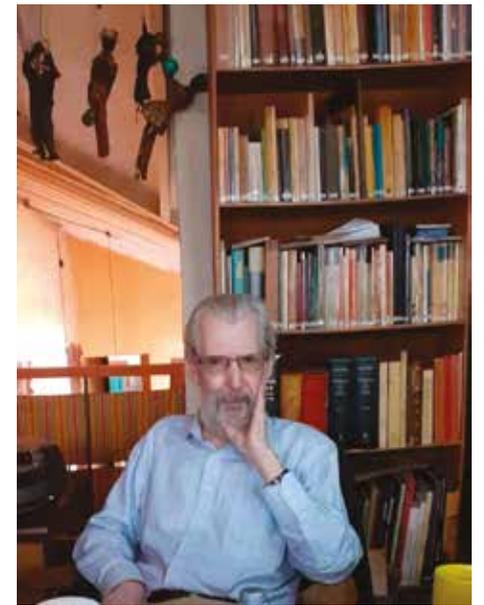
Ese desván era, prácticamente, su habitación en la casa; con-fabulación, si se quiere simbiosis, con sus gustos, sus rutinas; estudio de trabajo gráfico y literario, sala de recibo de amigos, cine y música, complementado por un singular sofá para sus placenteras siestas. Ese ático era su templo, una pátina de revol-tijo permanente que hacía que su dueño le llamara “el hoyo negro”, puesto que todo estaba allí, y no estaba, al mismo tiempo.

El viaje a sus libros era una aventura perfecta, como un safari para diletantes, cuyo único requisito era la curiosidad, la des-prevenición, el asombro. Allí se podían encontrar rarezas, como los cuatro tomos de la enciclopedia *Los Toros*, popularmente conocida como *El Cossío*, un tratado técnico e histórico sobre la tauromaquia desde sus orígenes; una edición de *Pinochio*, dedicada por Federico Fellini al crítico de cine Luis Alberto Álvarez, y que este a su vez regaló a Obregón, su gran amigo; una compilación de la revista de culto, novela gráfica, *Corto Maltesse*, de Hugo Pratt; *las Décimas*, de Violeta Parra; la casi totalidad de la obra de Vladimir Nabokov, incluyendo un escaso y bello libro homenaje al escritor, *El encantador. Nabokov y la felicidad*, de Lila Azam; los libros de Andrés Trapiello, Antonio Machado y Alfonso Reyes. Una primera edición dedicada del libro *Este domingo*, de José Donoso; la traducción, que hizo para la Editorial Norma, de *Poema Sucio*, de Ferreira Gullar. Y una seguidilla de temas diversos: cine, crítica literaria, folclore, etc.

¿Cuál sería el primer libro de sus preferencias? Tal vez los libritos de la *Colección Calleja*, que el mismo Obregón denominaba “la antesala de los libros de verdad”. Libros de misterio y aventuras. *Sherlock Holmes*, *Sandokán* y todo el mundo del có-

mic: *La pequeña Lulú*, *Peter Pan*, *Tin Tin*, *Carlitos*, *El Fantasma*, *Mandrake el mago*, *Daniel el travieso*, conviviendo con Salsgari y Julio Verne; las tiras de *Supermán*, *Batman*, *Roy Rogers* y *Spirit* (que él consideraba “un prodigio de narración, imagen y diseño”); las revistas argentinas *Pif Paf* y *Billiken*, y la chilena *El Peneka*. Y un autor muy mencionado y querido por él, Monteiro Lobato, influyente escritor brasileiro de literatura infantil, que su papá llevó a casa.

Con el paso del tiempo su biblioteca se pobló de los temas que serían su vida: arte, de todas las tendencias, literatura, poesía, teatro y una miscelánea imponderable que traslucía su universalidad de intereses.



Elkin Obregón en su biblioteca.  
Cortesía: Luis Alberto Arango.

# 5

Su condición de entendido, entusiasta bibliófilo, y sus oficios alternos de traductor, articulista, antologista y hacedor de crónicas, lo obligaron a tener un arsenal bien dotado: su acopio de libros y materiales diversos. Todo era trazado gracias a previas e intensas consultas. Todo en el zarzo: el testigo de ochenta años de existencia.

No era una biblioteca ejemplar, ni de revista, ni glamurosa. Era su biblioteca, *sui generis*, personal, única. Su “hoyo negro” cargado de contenidos, en plural. Cuando era interrogado por un ejemplar, el dedo de Obregón hacía cabriolas señalando, con insólita precisión, el lugar donde estaba el libro requerido. Jamás se paró de su silla a buscarlo.

Todo estaba en su memoria.

Borges decía que uno es también lo que ha leído, y Obregón añadía las películas vistas y las músicas oídas. Quiénes frecuentamos el altílo de cristal fuimos *Alfanhui*, de Sánchez Ferlosio; incursionamos en el nordeste brasileiro gracias a *Gran Serton: Veredas*, de Guimarães Rosa y en *La plaza del diamante*, de Merce Rodoreda; fuimos Yul Brynner en *Los siete magníficos*, y leímos, cantamos y gozamos *Funeral de un labrador de Chico Buarque* y *En el tronco de un árbol*, considerado el primer bolero cubano de la historia. Botones de muestra de nuestros inolvidables encuentros semanales durante cincuenta años.

7.

Un punto de reunión, semisecreto, donde literalmente se hablaba de todo. Una isla rodeada de libros, de opiniones, música, cine, ajedrez, humor; envidiada y envidiable. Un refugio de bohemios en periodo de prueba y otros pasados de añejamiento.

No fue la biblioteca de un coleccionista preocupado por primeras ediciones y series. No, fue el lugar de un omnívoro lector, con criterios definidos. Cuestionado por el destino de sus libros, de su cardumen, con la sinceridad de un estoico, Obregón contestó: "Que hagan con ellos lo que quieran". Su amor no era el fetiche, era el contenido de todas esas páginas que estaban reunidas en aproximadamente dos mil quinientos libros.

3.

9.

A quienes nos tocó la exhumación, el levantamiento literal de sus materiales para ser puestos en un lugar visible al público, fuimos testigos de una vida dedicada al gozo del dibujo, la escritura, la traducción, la cinefilia. Allí convivieron con sus primeros borradores, sus cómics amados, sus libros de tauromaquia, sus títeres, sus tableros de ajedrez, sus ediciones dedicadas por autores conocidos, su música, sus películas, sus revistas, sus chécheres.

La biblioteca era Elkin Obregón. Conversar con él era entrar a una biblioteca oral, después de lo cual ya no se era el mismo.

### Luis Alberto Arango Puerta

Medellín. Administrador, disquero, "tabernícola" y librero, su oficio más persistente y feliz. Fue columnista del desaparecido periódico *Bajo Techo*. Artículos suyos han sido publicados en el suplemento "Generación" de *El Colombiano*, en *El Tiempo* y *El Mundo*. Sus libros: *Desorden alfabético* (2012), *Antología bisiesta* (2015) y *Una razón suficiente* (2018). Socio administrador de la librería Palinuro.



# Lo inefable y la mística cristiana en *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*

Es sabido por lectores y estudiosos de la obra de Fernando González que el último de sus libros publicado en vida manifiesta el nivel más elevado en la evolución de su pensamiento. Este ensayo alcanza un acercamiento sobresaliente al meollo místico de su visión final de la vida.

*Sergio Adrián Palacio Tamayo*

**L**a tragicomedia del padre Elías y Martina la velera (1962) fue el último libro publicado en vida de Fernando González. Se editó en dos tomos. Y se divide en tres actos: el primero, dedicado a Martín Heidegger; el segundo, a Fernando Rojas de Montalbán y Juan Pablo Sartre<sup>1</sup>; y el tercero, a Juan XXIII. González la considera una trilogía agonística: 1. "El padre Elías amando": corresponde a la creación de la novela<sup>2</sup>, es decir, a crear imaginaciones internas para vivenciar el viaje pasional, mental y espiritual que suscita la

<sup>1</sup> Fernando González españoliza el nombre de Jean Paul Sartre.

<sup>2</sup> Se aclara que González usa el término novela, pero no se refiere en ningún momento al género literario. Se toma como la imaginación de una escena interior que parte de experiencias personales. Miremos la definición que trae Elías: "Arreglo imaginario de 'una situación', con unas coordenadas o yoes abstraídos [Lucas de Ochoa, Mirócleles, Elías, otros] por la memoria-mente, poniéndolos a reaccionar entre sí en conjunto, en lugar y tiempo también imaginados. Que reaccionen 'lógicamente', o sea, según reglas sacadas de experiencias pasadas" (TRG I González, 1962, 57).

